

8. Roberto A. Ferrero *

LA VEJACIÓN DE MÉJICO

Abstract

La vejación de la gran nación mejicana - patria de Benito Juárez, escenario de Emiliano Zapata, asilo de León Trotsky- por parte de los Estados Unidos tuvo su comienzo en el despojo de Texas y su prosecución en el apoderamiento de su Septentrión terrestre. El NAFTA es la tercera estación en este camino de su Pasión secular. Con razón dijo el Presidente Porfirio Díaz en su momento: “¡Pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos!”

El Despojo de Texas

La burguesía estadounidense de Nueva Inglaterra había ambicionado desde los comienzos mismos del siglo XIX hacerse de la posesión de dos vastos territorios norteamericanos: uno era Oregón, al Noroeste, que administraría conjuntamente con Gran Bretaña durante el periodo 1818-1846, pero el otro, que les interesaba mucho más, “era aquel maravilloso país donde reinaba un verano eterno, donde las flores no cesaban

de mostrar la rica gama de sus colores y donde el sol brillaba siempre”: Texas, al Sudeste, sobre el golfo de Méjico¹⁶. El líder popular y dos veces Presidente de los EE.UU., Andrew Jackson, siempre había considerado que ese territorio formaba parte de la compra de la Luisiana hecha a España en 1803 y debía ser adquirido por la razón o por la fuerza.

Esta distante región, tan grande como Francia, al norte del Río Bravo y el río Nueces, estaba muy laxamente controlada por el gobierno mejicano y era escenario de grandes inversiones estadounidenses. Enormes extensiones de tierras -escribe Carlos Montenegro- “habían sido adquiridas por compañías de tierras norteamericanas o por especuladores individuales. El capital norteamericano se había asegurado, además, monopolios mineros en muchas secciones texanas”¹⁷. A estos logros se debía agregar el interés de los esclavistas del Sur por adquirir nuevas extensiones “para tener pocilgas más grandes que llenar de esclavos”¹⁸ -como denunció en su momento el poeta Jacobo Russell Lowell-, y la rápida radicación de colonos y rancheros estadounidenses en la zona, que sumaban alrededor de 20.000 personas hacia 1834, mientras los mejicanos no pasaban de tres mil. Y muchas de las primeras establecieron plantaciones de algodón cultivadas por esclavos negros. Todos estos intereses presionaban al

* Abogado e historiador argentino. Referente del revisionismo histórico socialista. Tiene más de dos decenas de libros publicados, entre ellos: Saúl Taborda (de la Reforma Universitaria a las Revolución Nacional); El Navarrazo y la caída del gobierno de Obregón Cano; Breve historia de Córdoba; Historia crítica del Movimiento estudiantil en Córdoba (1918-1943) e Historia, nación y cultura.

¹⁶ Cit. por Esteban Fontana: “La Anexión de Texas”, Suplemento N° 17 de revista “Todo es Historia”, pag. 27.

¹⁷ Carlos Montenegro: “Las Inversiones Extranjeras en América Latina”, Editorial Coyoacán, Buenos Aires 1962, pag. 33.

¹⁸ Allan Nevins-Henry Steele Commager: “Breve Historia de los Estados Unidos”, Cía General de Ediciones, Méjico DF 1953, pag. 187

gobierno norteamericano para que incorporase Texas a la Unión.

Muy imprudentemente, desde su independencia en 1821, el gobierno de Méjico había incentivado la colonización por parte de ciudadanos norteamericanos, que ya en 1827, encabezados por el empresario Hayden Edwards, habían intentado independizarse bajo el nombre de “República de Fredonia”. El gran estadista conservador don Lucas Alamán, Ministro del Presidente Anastasio Bustamante, comprendió el peligro y elaboró la conocida como “Ley Alamán” (6-4-1830), que establecía una serie de condicionamientos y restricciones al poblamiento extranjero y procuraba la “mejicanización” de Texas, pero ya era tarde y prácticamente no tuvo aplicación. Poco después, a principios de 1832, el general López de Santa Anna derriba a Bustamante, con el beneplácito de los tejanos yanquis, quienes a principios de 1833, destacan a la ciudad Capital de Méjico a su líder, el empresario colonizador Stephen Austin, para pedir que se separara a Texas del Estado de Coahuila -que integraba- y se lo erigiese en una entidad autónoma en el marco de la Constitución Federal de 1824, en la que tendrían mayor libertad. Santa Ana, ya presidente a mediados de 1833, rechaza el pedido, pero conciliadoramente deroga la Ley Alamán y abre una breve etapa de buenas relaciones con Austin y su gente.

A vez, el Presidente Andrew Jackson, antes de terminar su segundo mandato en 1837 había propuesto a Méjico comprarle el territorio, pero simultáneamente encargaba al coronel retirado Sam Houston, un dipsómano extravagante que vivía con una

tribu de indios cherokee, organizar una revolución “independentista” entre los residentes de Texas, acrecentados con una turba de aventureros, pistoleros y especuladores que se abatió sobre la zona atraídos por la promesa de adjudicación de tierras a los combatientes. La ocasión se produce cuando después de un golpe de Estado, Santa Anna deroga en 1835 la Constitución Federal y la sustituye por un régimen de estricta centralización. Los tejanos, antes de someterse, prefieren intentar la separación por las armas. Así lo hacen, eligiendo un Gobernador asistido por un Consejo de 15 miembros. Houston es designado Comandante general de un pequeño ejército de 1.200 hombres. En respuesta, el Presidente Santa Anna envió 4.000 soldados al mando del general Cos, que fue derrotado por los tejanos. Entonces el propio General-presidente se pone al frente de sus tropas y atraviesa a marchas forzadas los desiertos de Coahuila para atacar el 6 de marzo de 1836 la Misión fortificada de El Álamo, heroicamente defendida por Jim Bowie y David Crockett, erigidos desde entonces en personajes de leyenda. En tanto, cuatro días atrás, reunidos en New Washington, los representantes tejanos habían proclamado la separación e independencia total del territorio, cuyas razones hicieron constar en un largo documento. La proclamación quedó afirmada a poco por la gran victoria de Sam Houston sobre el ejército de Santa Anna a orillas del río San Jacinto. Hecho prisionero, Santa Anna reconoció, para recobrar su libertad, la independencia de los tejanos. Texas se convirtió en República, presidida por el “Gran Borracho” -como le decían los cherokees-, a quien acompañó como

Vicepresidente el escritor y traidor mejicano Lorenzo Zavala. En ese carácter de entidad estatal autónoma la reconoció Jackson en 1837, pero el pedido inmediato de anexión a Estados Unidos no fue aceptado por el siguiente Presidente, Van Buren, por poderosas razones de política interior: esclavistas del Sur y abolicionistas del Norte estaban igualados en el Senado, porque cada bloque contaba con el apoyo de trece Estados cada uno; si se aceptaba a Texas, este se alinearía infaliblemente con el Sur, donde estaba situado. De modo que la influyente opinión del Presidente y la muy apasionada del senador John Quincy Adams y los congresales norteros impidieron la incorporación de los tejanos a la Unión. Texas debía esperar hasta 1845.

Esa incorporación marcaría el ocaso de la influencia inglesa en el Caribe y el continente norteamericano, porque según Gran Bretaña -que se esforzó en ese sentido junto con Francia- "del mismo modo que el Uruguay debía constituirse en un tapón que pusiera un límite a la expansión brasileña, la República de Texas debía oficiar de barrera entre Méjico y los Estados Unidos para poner fin a la expansión de éstos".¹⁹ No consiguió que así fuera y debió seguir cediendo espacio a la naciente potencia estadounidense.

La Segunda Conquista de Méjico

Así, de este modo -"la segunda conquista de Méjico"- llama el historiador colombiano Jorge Cárdenas a la acción de rapiña territorial de los yanquis. Si la primera fue la

¹⁹ Edmundo Heredia: "Los Escenarios de la Historia", CIFYH, Córdoba 1996, pág. 45.

que avasalló a los aztecas y los mayas cinco siglos atrás y comenzó con la llegada de Hernán Cortez, la segunda despojó a la gran sociedad mestiza que ocupó el lugar de aquéllos y tuvo su comienzo en Texas. Ella tuvo lugar bajo la presidencia de Jaime Polk (1845-1849), elegido con gran apoyo popular bajo la doble consigna de apropiarse de Oregón y Nuevo Méjico y hacer lugar a los constantes pedidos de anexión de Texas. Tras casi diez años de vida "independiente" del "Estado de la Estrella solitaria", el presidente Polk proclamó oficialmente, el 29 de diciembre de 1845, la anexión de Texas a los Estados Unidos, consciente de que ese acto significaba la guerra. Guerra en realidad buscada por los dirigentes del gran país-pirata, que la estimaban el medio idóneo para quedarse con otros territorios mejicanos, que habían ofrecido comprar por monedas: California y Nuevo Méjico (región ésta de la que saldrían luego los estados de Nevada, Utah, Nuevo Méjico, Arizona y Colorado). Sin embargo, la contienda armada no se produciría enseguida, porque el gobierno yanqui comprendía que no podía batirse en dos frentes simultáneamente, así que mientras su representante en Méjico, John Slidell, ofrecía comprar los territorios mejicanos ambicionados, Polk negociaba con los ingleses una nueva línea fronteriza con el Canadá británico. La primitiva pretensión estadounidense la fijaba en el paralelo 54,40° ("Fifty-four forty, or fight" -*Cincuenta y cuatro cuarenta o pelearemos*-, decía el populacho enardecido)²⁰, pero el Presidente

²⁰ Jorge Cárdenas Nannetti: "Nueva Historia de los Estados Unidos", Editora Moderna INC, Colombia 1970, pág. 187. De haberse llevado la frontera norteamericana al paralelo 54,40, ésta habría tocado con el límite sur de la Alaska rusa y, en consecuencia, habría dejado sin salida al Pacífico al Canadá británico.

transigió en una frontera algo más al sur: el paralelo 49°, con lo cual los ingleses consintieron en un Tratado de límites que aventó cualquier peligro de ruptura de la paz. Ahora quedaba con las manos libres para entenderse con Méjico.

Mientras entretenía a su vecino con las ofertas inmobiliarias de Sliddel, Polk ordenaba al cónsul norteamericano en Monterrey, Tomás O. Larkin, y al coronel John Fremont, que trabajaran para insurreccionar a los 700 colonos norteamericanos de California, quienes debían solicitar la incorporación a Estados Unidos o declararse “independientes”, como de hecho hicieron. Simultáneamente, después de una provocación de soldados yanquis en las orillas del río Bravo, en el sur de Texas, reprimida por el ejército mejicano, el Congreso estadounidense declaró la guerra a Méjico el 13 de mayo de 1846. Inmediatamente, el Comodoro John Sloat, de la flota del Pacífico, ocupó Monterrey y el 7 de julio proclamó la anexión de la provincia a su país, mientras las tropas del general Zacarías Taylor avanzaban en dirección al sur. En esta marcha, el coronel Esteban Kearney ocupó la ciudad de Santa Fe y proclamó otra anexión: la de Nuevo Méjico. López de Santa Anna, que había vuelto al país nombrado nuevamente Presidente de la República por el Congreso, fue derrotado por Taylor primero y después por el general Winfield Scott, que había desembarcado en Veracruz. Se retiró entonces a la Ciudad de Méjico para preparar su defensa, pero no logró conservarla: los norteamericanos tomaron el último baluarte de la ciudad, el Castillo de Chapultepec, donde lucharon los cadetes del Colegio Militar que la historia

consagró como “Los niños héroes”, y la capital quedó libre para la ocupación de los invasores. Era el 13 de septiembre de 1847 y el gobierno local se instaló en Querétaro, desde donde inició las tratativas de paz que culminaron con el Tratado Guadalupe Hidalgo. Por este funesto acuerdo, de febrero de 1848, Méjico se vio obligado a reconocer como frontera entre ambos países el río Bravo (también llamado Grande) y ceder formalmente todos los territorios situados al norte de este curso de agua: un total de 2.206.000 kilómetros cuadrados, tanto como la superficie de nuestro país.

El expansionismo norteamericano, dicho sea de paso, había sido ya perspicazmente advertido por el embajador argentino en Washington, el general Carlos María de Alvear que, ya de vuelta de sus extravíos cipayísticos juveniles,²¹ había mirado con preocupación -y comunicado a nuestro gobierno- los planes yanquis de anexarse una parte de Panamá para asegurarse el control del futuro Canal, de adquirir puertos de Chile, Perú y Ecuador sobre el Pacífico y de acentuar su presencia en la isla de Cuba, aún posesión de España.²²

²¹ Arturo Jauretche llamó “cipayos” a los argentinos que eran enemigos de su propio país, por referencia a los soldados Cipayos que en la India servían al régimen de la dominación inglesa. No obstante, hasta los cipayos se rebelaron contra Gran Bretaña... Carlos María de Alvear, siendo joven Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de La Plata en 1815, pidió a Gran Bretaña que estableciese su Protectorado sobre estas tierras. (v. Felipe Cárdenas (h): “Los Tres renuncios del General Alvear”, en Revista Todo es Historia N°15, Buenos Aires julio de 1968, págs. 22 a 38).

²² Edmundo Heredia: “Los Escenarios de la Historia” cit., págs. 46 y 72.